

Lo que el “hombre nuevo” se llevó

Héctor Antón

inCUBAdora Ediciones

En el marcapasos del pasatiempo nacional reina la desilusión. Coexisten fichajes a peloteros aptos para descollar en la *Gran Carpa*, así como un éxodo de prospectos y jugadores activos o retirados escapando por mar y aire con ansias de mutar; loros televisivos como Rodolfo García Lozano (*La hiena*) y sus títeres optimistas de *Al duro y sin guante* que vociferan o callan para salvaguardar sus puestos; árbitros blandos, comisionados autómatas, groserías de un *manager-dictador-perdedor* (Víctor Mesa), chicas ociosas persiguiendo fulgores y apostadores en los estadios. ¿Quién lo iba a predecir? El risueño jonronero de la Revolución Agustín Marquetti y el intachable “Capitán de Capitanes” Antonio Pacheco terminaron por anclar en las entrañas del monstruo.

Según el triunfador y respetado ex-director de Pinar del Río Alfonso Urquiola, “los atletas no quieren jugar por unas latas de refresco o un hotel con aire acondicionado, si cuando llegan a sus casas sus hijos no tienen ni zapatos para ir a la escuela. No es la época de nosotros que con una medalla o un abrazo de Fidel ya éramos héroes”. La pobre actuación del equipo Cuba en el Premier 12 ratificó la situación actual de una pelota de manigua, desangrándose producto de una tímida inserción oficial en el ruedo de trotamundos caza-fortunas de todo el mundo que añoran insertarse en la *Major League Baseball* (MLB) de Estados Unidos.

En una Mesa Redonda realizada al concluir el Premier 12, varios conocedores admitieron que “la pelota cubana se ha quedado atrás”. Allí se comentó del mal

corrido de bases, la falta de profundidad en el cuerpo de lanzadores, la escasez de cuadrangulares, de las cero carreras impulsadas por el mimado e insustituible Yulieski Gourriel, de exclusiones nada determinantes y, por supuesto, dejaron caer la chinita de los que se fueron, quienes pierden nombre y apellido ante las cámaras de la televisión cubana. Identidad que recuperan cuando transmiten juegos de la liga venezolana, como si fuera una cuestión de profesionalismo internacionalista.

Uno de los convocados, el polémico ex-segunda base Rey Vicente Anglada, resaltó que un gran ponchador en Grandes Ligas es cubano. Pero quien vio tronchada su carrera por una supuesta venta de juegos que le costó guardar prisión y devenido “hombre de confianza” para “hablarle claro” al pueblo no halló el modo de pronunciar dos palabras: Aroldis Chapman. Otro gallo cantaría si “El Misil de Cayo Mambí” lanzara por Cuba en el próximo Clásico Mundial, apoyado por una batería que incluyera a Yasiel Puig, Yoenis Céspedes y José Pito Abreu.

Lo que nadie insinuó en la Mesa Redonda es que la pelota cubana continua siendo un dilema político ante que un *show* deportivo o comercial. ¿Qué es más estresante para un beisbolista de aquí o de allá? Una multa por incumplimiento disciplinario, retornar temporalmente a Ligas Menores o ser baja definitiva del *team* Cuba, para volver a depender de un salario en moneda nacional que reduce la opción del confort en un rincón de la Isla. Es un secreto a voces que leyendas criollas del músculo suelen acabar tomando ron en la calle. Destino que restituye una úlcera visible en el contexto insular (a un nivel superior al de la prostitución): el alcoholismo.

Nuestros peloteros no pueden seguir bregando por un viaje al extranjero, regalías del gobierno o el eufemístico sentido de pertenencia. En tanto la seguridad material constituya una preocupación, el rendimiento atlético nunca será proporcional a una sobredosis de entrega y compromiso.

(En el programa de entrevistas *Confesiones de Grandes*, “El Señor Pelotero” Luis Giraldo Casanova rememoraba los tiempos (gloriosos, sin dudas) en que ellos luchaban por traer la medalla dorada para luego disfrutar el estímulo de una semana en Varadero con la familia. Una revelación tan humilde como absurda en sentido global. Vale rescatar otra confesión del fallecido luchador de estilo libre Francisco Lebécquer: “El deportista cubano es el más honesto del mundo”. Eran los años setenta, cuando el término “desertar” adquiría ribetes dramáticos).

Yoel García, jefe de la sección deportiva del periódico *Trabajadores*, protagonizó un momento feliz del programa especial dedicado al Premier 12. De traje y corbata ceñida a su fibroso cuello, el reportero subrayó el papel de los atletas que brillaron con luz propia. Algo verdaderamente justo, pues ni el veinteañero pitcher zurdo Liván Moinello, el ofensivo y veloz receptor Yordanis Alarcón o el cuestionado jardinero central Yunieski Gourriel son responsables de la pésima imagen que dejaron sus compañeros en las gradas despobladas del torneo.

El triunfalismo de quienes no saben perder tiende a pasar por alto los matices que contienen las derrotas. Nadie se enteró cuando regresó la delegación de Corea del Sur. Ni siquiera reconocieron que volvieran todos, un milagro en tiempo real, para que los aficionados leales comprobaran el fiasco de quienes se dedican al “robo de talentos” creados por el movimiento deportivo revolucionario.

Economía y béisbol: punto crucial en la decadencia de la pelota cubana es un tema cerrado a la discusión pública. Cuánto ganan y cuánto merecen los atletas de alto rendimiento. Será declarado *agente libre* el relevista José Ángel García antes de que decida probar suerte en un nivel competitivo superior. He aquí el meollo del asunto, tapado con esa letanía de “mejorar” el trabajo en la base, para que luego se vayan del país o del deporte. Ese girar de un círculo vicioso conducirá a que jugar

béisbol en Cuba sea el más severo e ingrato de los oficios mediáticos. Una sobrevida política temerosa de asumir renovados modelos estratégicos.

Nocturno de la *otra* bestia

Víctor Mesa es uno o, quizás, el más espectacular jugador de béisbol aficionado cubano después de 1959. Nacido en el seno de una familia humilde (como rezan las biografías ejemplares de los hijos de la patria), el inquieto soñador le prometió a su mamá enferma que sería alguien en la vida y lo consiguió. La gente iba al estadio para ver qué artimaña se gastaría “La Explosión Naranja”. Incluso, quienes lo abucheaban gritándole loco y payaso que, lejos de neutralizarlo, le suministraban adrenalina. Su carácter hiperquinético encontró refugio en una avidez por alcanzar la cima beisbolera. Aunque no se robó el *home* cincuenta y cuatro veces como el agresivo *centerfield* Ty Cobb, Víctor lo intentó con éxito popular.

La autoridad como *showman* de Víctor Mesa se traduce en despotismo como director. Basta verlo gesticular y alzar la voz cuando se le antoje, para darse cuenta que debe ser incómodo estar bajo su mando en una selección provincial o nacional. Ello lo prueba sus desavenencias con el estelar receptor Ariel Pestano, quien se opuso a sus métodos para conducir al Villa Clara, elenco que no pudo ganar ningún título con Víctor. En éste caso, de qué vale su malicia y atención al partido en curso, virtud que atesoran pocos *managers* cubanos. Mesa acumula tanta soberbia que su neurosis hegemónica provocaría un chorro de sangre por un equívoco insignificante. El goce de jugar béisbol desaparece tras el chasquido de unos o varios insultos.

En cuanto a la marginalidad que derrochan atletas, *coach* y directores, muchos se preguntan cómo es posible que le hayan permitido reintegrarse a la Serie Nacional a un sujeto como Demis Valdés, el mismo que salió impunemente del banco de

Matanzas para agredir con un bate al tirador de pelotazos “cuando le dan un jonrón” Freddy Asiel Álvarez. Se comentó que Víctor Mesa (fajado con sus comprovincianos villaclareños) estaba tras las bambalinas de los agresores, pero el incidente quedó en manos del “silencio oportuno” y la “ética periodística”.

La vuelta de San Victoriano 32 a comandar la selección que intervendría en el Premier 12 desconcertó a quienes pensaron que mesura y educación retornaban a la cueva del Cuba. Al final, se repitió la historia que sacaba de quicio al también colérico Ariel Pestano. La conducción tiránica del “profesor Víctor” (como le llaman algunos de sus pupilos agradecidos) es incapaz de generar una atmósfera de relajación y confianza. Éste jefe implacable necesita la “fría calidez” de mentores-líderes-ganadores como Pedro Chávez, José Miguel Pineda y Jorge Fuentes.

Cuba no hizo un papelazo por culpa de Víctor Mesa, pero estamos convencidos de su aporte para que los peloteros cometieran errores (tácticos o escolares) debidos más a la presión colectiva que a la incompetencia personal. Nada de esto se abordó en la Mesa Redonda donde hasta la “crítica interna” resulta una opinión compartida por los analistas invitados.

El descuido y abandono de los terrenos, la precarias condiciones materiales en la Escuela de Iniciación Deportiva Escolar (EIDE) Mártires de Barbados y la estampida masiva de futuras estrellas descartan la posibilidad de una redención beisbolera en Cuba. Ya es difícil tragarse la píldora de que “El deporte es un derecho del pueblo”. De hecho, en categorías sub-18, los padres de los muchachos deben pagar el transporte de traslado a provincias (entre seis y diez CUC) para que compitan en su serie nacional. “Tienen que cargar cubos de agua para bañarse y la comida es pésima en la EIDE. A esos chiquillos se los lleva cualquiera por unos cuantos pesos” –resume con tristeza la abuela de uno de ellos.

Siempre que los panelistas convocados a la Mesa Redonda repetían que “la pelota cubana se ha quedado atrás”, sin preverlo susurraban cuatro letras que únicamente atinaban o simulaban distinguir en los uniformes de los representantes del patio en el Premier 12: CUBA. El deporte nacional es un emblema; la sociedad, un resultado. Daily Sánchez Lemus (carismática subdirectora del Canal Tele REBELDE y Michel Contreras (*tipo duro* de *Cubadebate*) junto a los antes mencionados, prodigaron virtuosismo al teatralizar una catarsis de inconformidad.

Víctor Mesa Martínez (Sagua la Grande, 1960) ya no es un loco ni un payaso imprescindible. Da igual que lo mantengan en su cargo o lo reemplacen por alguien que domine el “arte de callar”. Un *manager* del equipo Cuba no es un mago patrocinado por un filántropo millonario, dotado para convertir el revés en victoria fuera del patrón ideológico. Tampoco lo es una política pseudoamateur insuficiente para que crezcan y resistan en su tierra figuras como Antonio Pacheco, Omar Linares y Orestes Kindelán: esa maquinaria sin piezas de repuesto en medio de un espectáculo perdido. Ahora los fanáticos delirán con el clásico Barca vs. Real Madrid, mientras bostezan ante una Serie Nacional devenida en somnífero para millones de nativos.